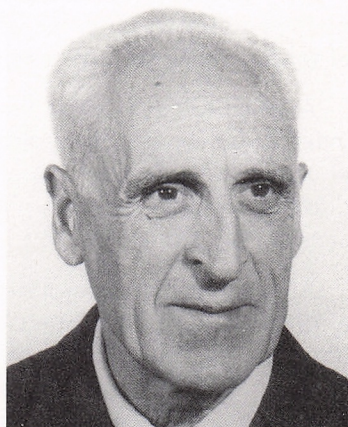


CASA SALESIANA
MARTÍ-CODOLAR

Torelló, 8
08035 Barcelona



Barcelona, 17 de diciembre de 1986

Queridos hermanos:

El día 14 de noviembre pasado moría en la Residencia Nuestra Señora de la Merced el querido hermano

Antonio Gota Ibáñez

a los 89 años de edad.

Ha compartido con nuestra comunidad de Martí-Codolar sus últimos veinticinco años; se ha hecho querer por los muchos hermanos que han pasado por esta casa de formación. Era simpático, vivaz; entretenía con su chispeante conversación a los que encontraba en sus continuos paseos por la finca; habiendo perdido la vista, tuvo que retirarse a la Residencia, y cada vez le era más difícil moverse; pero conservó hasta el final su buen humor, su agudeza y su genio vivo que nos hacía decir: «El día que el señor Gota no tenga a alguien a quien llevar la contraria se nos muere».

SU VIDA SALESIANA

Era aragonés de pura cepa; nació en Zaragoza el 4 de mayo de 1897, el tercero de cuatro hermanos. Quedó huérfano de muy pequeño: a los seis años perdió a su padre y, a los ocho, a su madre. Pertenecía a una familia de una cierta posición social: al morir los padres, los hijos tuvieron que ser confiados a una tía suya, conocida por la señora Manuela.

Esto fue providencial para la vida salesiana del señor Gota. Esta tía, dueña del balneario de Panticosa, en el Pirineo de Huesca, tenía como amiga a la señora Jesusa Serra Chopitea, hija de doña Dorotea de Chopitea, y a través de ella pudo enviar a Antonio y a su hermano mayor, José, a los salesianos de Sarriá apenas quedaron huérfanos.

Allí Antonio hace los estudios elementales y aprende el oficio de encuadernador y dorador. En estos años se adiestra en la gimnasia, en la música y en el teatro. Tenía grandes cualidades para ello.

Al acabar los estudios vuelve con los suyos, pero no encuentra allí su sitio y decide volver entre los salesianos y pedir ser uno de ellos. El año 1916 empieza el aspirantado en Sarriá y, al año siguiente, el Noviciado en Carabanchel (Madrid), con el que fue gran padre maestro don Antonio Balzario, del que guardó siempre un grato recuerdo.

Apenas profesado, es llamado al servicio militar que realiza en Madrid de 1918 a 1921 en sanidad militar. Al acabar éste, es destinado a la casa de Atocha (Madrid), al frente del taller de encuadernación, recientemente fundado. Eran años duros en los que se trabajaba casi sin medios. Después de un año en la casa de Valencia, hace los votos perpetuos en Turín en 1925 y parte para la India, a la Inspectoría del Norte, en el Assam y Calcuta. Allí se dedicó, sobre todo, a su oficio de encuadernador.

El año 1931 vuelve a España y es destinado a Sarriá. Durante la guerra civil pasa unos meses en la cárcel y después de mil peripecias logra pasar a Vigo.

Acabada la guerra, ayuda a preparar la nueva casa de Huesca-Heredia, y el año 1940 vuelve a Sarriá. Allí trabajó mucho limpiando la casa y poniendo en marcha el taller de encuadernación.

Estos años de guerra e inmediata postguerra dejaron en él una profunda huella: miedo, esfuerzo y lucha por salir adelante en medio de toda clase de dificultades y escasez. En sus últimos años, cuando nos contaba sus recuerdos o cuando, fallándole la cabeza, imaginaba aquellos tiempos, percibíamos su enorme amor a todo lo salesiano que quería defender contra todos y sus protestas porque le hacían trabajar sin medios.

El año santo de 1950 va a las Catacumbas de san Calixto, en Roma, para ayudar como guía español. Fue un breve paréntesis que vivió a fondo empapándose de cultura cristiana antigua. Vuelve a Sarriá en donde comparte su oficio con otros muchos encargos y, sobre todo, colabora con su talento de artista a revitalizar el teatro.

Finalmente, el año 1960 viene a Martí-Codolar como recadero y ayudante de portería.

En esta casa sirvió a generaciones de estudiantes de teología, convivió con ellos y se hizo apreciar. Poco a poco se fue quedando ciego: ya no pudo pasear, relacionarse con los chicos del Oratorio y los vecinos, salir a la ciudad... Esto constituyó un duro golpe para su salud; perdió las fuerzas pero nunca el humor y el genio.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE SU PERSONALIDAD

El señor Gota fue, ante todo, un gran trabajador, amaba su oficio y a él dedicó lo mejor de su vida, como tantos coadjutores que han hecho grandes nuestras escuelas profesionales; por eso sintió tanto el cierre de su querido taller de encuadernación de Sarriá. Aún ahora se imaginaba a menudo estar trabajando en él, tratando con los aprendices, despachando pedidos, etc. Con frecuencia le encontrábamos en su habitación de la Residencia hablando, riendo, pidiendo material... como en aquellos tiempos que habían quedado tan grabados en su memoria.

Era ordenado, fiel, responsable en lo que se le encargaba; guardaba en varias pequeñas libretas todas las direcciones de los distintos sitios a que se le enviaba para hacer los recados.

Muy amante de todo lo salesiano, miraba por lo nuestro, quería siempre defenderlo y conservarlo. Nunca dejó de tener el corazón joven. Le gustaba hablar con los chicos que jugaban en el Oratorio, entretenerse con unos y otros, contándoles sus aventuras y haciendo siempre un poco de teatro, que era su fuerte.

Tenía un gran corazón que lo hacía querido a pesar de su genio fuerte y, a veces, algo duro. Se revelaba contra todo lo que le parecía incoherencia e injusticia; sufría al ver que no todos eran tratados de la misma forma; defendía su trabajo y no tenía pelos en la lengua para decir las cosas. Pero todos sabemos que debajo de esas protestas y palabras algo fuertes se escondía un gran cariño por los hermanos y los chicos, y aquel poco de teatro que siempre hizo para expresar sus ideas y sentimientos.

Porque el señor Gota era, sobre todo, un artista; quizás por eso algún compañero pudo decir de él que era un tanto extravagante. Perteneció al cuadro gimnástico de Sarriá; fue músico en su banda; pero, sobre todo, hizo del teatro su segunda profesión. Sabía de memoria poesías, trozos de zarzuelas, párrafos enteros de diversas obras de la Galería Salesiana... Fue uno de los promotores del teatro salesiano de Sarriá.

En estos últimos años en todas las sobremesas en que participaba se le animaba a cantar el diálogo de «El maestro Canillas». Y él lo hacía con fuerza y muy afinado. En su cuarto de la enfermería se pasaba horas cantando jotas y otros trozos de zarzuela o recitando poesías. Recuerdo que, cuando el 3 de mayo pasado visitó el Rector Mayor nuestra comunidad, el señor Gota, que no estaba en uno de los mejores días, se arrancó con una jota.

Era artista sobre todo en la vida misma: sabía hacer reír, mantenía con chispa y humor una conversación, atraía la atención para que los hermanos estuviéramos por él...

Vivió una espiritualidad sencilla y popular, fiel y profunda. Era muy devoto de la Virgen, sobre todo de la Virgen del Pilar, su Pilarica, que visitó todos los años mientras pudo.

El señor Gota era como aquellos coadjutores de la primera hora: hombres fuertes y sencillos, con unas convicciones profundas y un gran amor a la Congregación, a Don Bosco y a María; entregados por entero a su trabajo con responsabilidad y cariño; que sabían atraer a los chicos y crear a su alrededor un clima de simpatía y alegría.

Los que hemos tenido la suerte de pasar a su lado estos últimos años damos gracias a Dios por los ejemplos sencillos y ordinarios que nos ha dado este hermano. Él no se tenía ni quería que le consideraran ejemplar; sabía que había «hecho de las suyas», y en confianza las contaba con picardía, pero en él se apreciaba una entrega total y a toda prueba a la vocación y a los hermanos.

CONCLUSIÓN

Con el señor Gota van desapareciendo en nuestra Inspectoría hermanos coadjutores que han colaborado con su vida y su trabajo a configurarla. Ojalá su vida consumida por y en la Congregación sea semilla de otras vocaciones de las que estamos tan necesitados.

En las buenas noches que el Rector Mayor dirigió a los jóvenes en esta casa el pasado 3 de mayo les dijo este pensamiento: «Esta mañana he visitado la Residencia de los salesianos enfermos que hay en esta casa; ellos han sido los que han hecho posible que vosotros hoy podáis estar aquí... Ellos están terminando su vida de entrega; que entre vosotros surjan otros que, sintiendo la llamada, continúen su tarea.»

Os pediría que, a la vez que rezáis por nuestro hermano, tengáis también un recuerdo por nuestra comunidad, por los hermanos mayores y enfermos que tenemos en la Residencia Nuestra Señora de la Merced y para que el Señor suscite entre los jóvenes de hoy muchas vocaciones que entreguen su vida por el Reino como hizo nuestro hermano.

LA COMUNIDAD DE MARTÍ-CODOLAR

Datos para el necrologio

Antonio Gota Ibáñez

*fallecido en Barcelona, el 14 de noviembre de 1986
a los 89 años de edad y 69 de profesión.*